

MANIFESTO PARA VIVIR EN EL ANTROPOCENO

**Katherine Gibson, Deborah Bird Rose,
and Ruth Fincher, editors**

Capítulo 2

La economía como una forma ecológica de vida

J.K. Gibson-Graham & Ethan Miller

Traducción voluntaria realizada por Ana Inés Heras, CEDESI UNSAM CONICET e Instituto para la Inclusión Social y el Desarrollo Humano, Argentina, para uso de miembros del CERN/CEC y para los equipos de trabajo y personas interesadas en las economías diversas y comunitarias.

¿Podemos superar nuestra hiper separación del mundo-más-que-humano y sostener nuestra membresía a una verdadera comunidad ecológica de vida? Mientras las demandas de “la economía” se presenten en oposición a las necesidades del “medioambiente”; mientras la economía se vea como un sistema vulnerable que no puede ajustar la riqueza social para proteger a las especies y reparar el (daño a la) tierra sin tener riesgo de colapsar; mientras el “nosotros económico” continúe ignorando y desperdiciando los dones que el mundo-más-que-humano nos otorga (tales como la vida), la respuesta parece ser un deprimente “no”. Para responder “sí” debemos comenzar a re-pensar y re-hacer la relación entre la economía y la ecología.

Hemos heredado una visión de “la economía” como una esfera distinta de la actividad humana que se distancia y diferencia de lo social, de lo político y de lo ecológico y se destaca como un campo de lo individualizado, monetizado, calculado para ser maximizado racionalmente. Esta esfera económica descansa sobre, y utiliza, una base (usualmente invisible) de ecologías de la tierra que son absorbidas para convertirse en “recursos”, inputs pasivos para la producción y consumo, medidos principalmente por su valor en el mercado. La economía se naturaliza, en el sentido de que se presenta como un sector de procesos y necesidades objetivas, como si fuesen leyes, y sin embargo, esa naturalización es al mismo tiempo un proceso a través del cual el mundo más-que-humano es reafirmado como externo a nuestras vidas económicas. Así las complejidades que rigen nuestras inter-dependencias se vuelven invisibles e incapaces de ser comprendidas como algo sobre lo que tenemos responsabilidad. La economía asume así una presencia y dinamismo (que se manifiesta por ejemplo en la demanda por un crecimiento sin fin) que parece ser independiente del mundo viviente del que en definitiva depende.

Esta construcción poderosa y abstracta de la economía emergió de las revoluciones industrial y agrícola; también las propició. Estos procesos dieron lugar a la urbanización y permitieron que el estándar de vida pudiera crecer para muchos, así como también dieron lugar a la movilización y transformación de energía y materia por parte de ciertos humanos que antes nunca habían sido vistas. Pero también produjo y legitimó una violencia e inequidad tremendas, y ha generado impactos que no se habían previsto tales como la supervivencia y viabilidad terrestre — no solamente para los humanos pero también para una miríada de otras especies y de comunidades más-que-humanas. Para muchos estos modos descriptos han sido facilitadores de

procesos pero esta perspectiva acerca de la relación economía-ecología se interpone en la forma de imaginar y actuar una ética para vivir en el *Anthropoceno*.

Reconocer “la economía” como una producción histórica y discursiva más que como una categoría ontológica (Mitchell, 1998; 2008; Callon, 2007) puede permitirnos comenzar e explorar distintas formas de pensar y experimentar nuestros procesos de hacer la vida. ¿Qué pasaría si viésemos a las actividades económicas no como una esfera separada de la actividad humana pero, en vez, como profundamente social y ecológica? ¿Qué pasaría si viésemos a la economía *en tanto ecología* — como una red de conductas y acciones humanas ecológicas que no estuviesen separadas sino completamente integradas en corrientes complejas de interdependencia ética y energética: nacimientos, contaminación, auto-gestión, fusiones, extinciones, patrones para mantener y destruir el hábitat?

Si comenzamos desde esa premisa podemos ver al pensamiento económico como una suerte de *cercamiento*, tal como ocurrió con los cercamientos de los terrenos comunes a partir del siglo XVI hasta el presente (Perelman, 2000). Tal como emergió el discurso de la propiedad privada con sus reglas y leyes de propiedad, el uso, transferencia y el divorcio de la propiedad de las relaciones sociales, colocándola en tanto cosa, así el discurso de una economía separada se desarrolló con (y a través de) términos, técnicas y prácticas disciplinarias que diferenciaron y distanciaron la economía, más y más, de otras esferas humanas y no-humanas de interacción y conducta. La economía, entonces, se produjo cuando los límites discursivos, a la vez simbólicos y materiales, fijaron un límite para establecer una particular configuración de relaciones ecológicas, específicamente las que se establecieron entre ciertos humanos y un mundo hecho de recursos para su uso instrumental. Diversos procesos de vida humana fueron reducidos a lógicas estrechas. La socialización fue reservada para aquéllos quienes contaban como “humanos” y todo lo que fuese más-que-humano como modo de vida fue relegado a la esfera pasiva de los objetos.

Al establecer un cierto tipo de sentido del mundo, este discurso de “la economía” literalmente, construyó (un) sentido, transformando nuestras percepciones sensoriales y experiencias, alterando las condiciones de posibilidad conceptuales y materiales para establecer procesos identificatorios con los demás, y cambiando nuestras habilidades para ver, pensar y sentir ciertas inter-relaciones y responsabilidades que vienen de suyo con este tipo de experiencia.

Nuestro desafío es vincularnos con formas de pensar y de hacer que permitan desafiar esas condiciones de posibilidad para pensar “la economía” como un entorno hyper-separado y fuera del alcance de la política, la ética y las dinámicas de la interdependencia social y ecológica. ¿Cómo podemos, entonces, cultivar sensibilidades genuinamente ético-ecológico-económicas? ¿Cómo podríamos reconfigurar nuestras nociones de la economía y la ecología de formas tales que nos permitan tomar la responsabilidad para estar vivos como *vida*, todos juntos? Sugerimos tres estrategias que podrían darnos sus frutos.

Estrategia 1. Re pensando al ser

Para Jean Luc Nancy, teórico político, lo individual emerge de una socialización esencial más que al revés, como usualmente se lo concibe (2000: 44). Sugiere que reemplacemos la concepción singular filosófica del “ser” por la de “siendo en común” que no nos reduce a una unidad o esencia compartida. Para la teórica de la biología evolutiva Lynn Margulis el proceso de simbio-génesis sugiere que los “individuos son todos diversidades de asociaciones que co-evolucionan” (citado en Hird 2009: 65). La

vida no existe sin comunidad y es un proceso de conexión entre diferencias; no existe si no es siendo en común. “La vida”, escriben Margulis y Sagan, “es una orgía de atracciones” (Margulis y Sagan, 1995: 157).

Si dejamos de pensar en nosotros como seres singulares y auto-contenidos en nosotros mismos y comenzamos a pensarnos por ejemplo como las múltiples comunidades de bacterias y seres bacterianos simbióticos de los que continuamente sacamos nuestra forma y de los que no somos más que manifestaciones temporales y efímeras (Hird 2009; Hird 2010), o si reponemos nuestra actividad en el contexto de los procesos de construcción de vida de escala planetaria (que pueden pensarse en millones de años) y se conocen con el nombre de Gaia (Lovelock 2000; Harding 2006; Volk 2003), no es ya posible identificar una “humanidad” como una categoría ontológica separada de todo el resto.

¿Qué diferencia podría hacerse si aceptamos que de la escala de Gaia a la escala de la bacteria microscópica que forma parte de casi toda la energía de producción y transformación hay un “nosotros” que se establece en una miríada de inter-relaciones que son, en ella misma, la verdadera condición de nuestra esencia de un “nosotros humano”? Ser en común, es decir *la comunidad*, no puede más pensarse o sentirse como una comunidad únicamente de humanos sino que debe ser una comunidad de especies múltiples que incluye a todos con quienes nuestra vida es inter-dependiente y con quien nuestra vida se inter-relaciona.

Desde esta perspectiva no hay más argumento para la construcción de una “economía humana” separada de su contexto ecológico sí como no habría modo para los ecologistas de considerar que la práctica de las abejas fuese un sistema independiente con sus leyes internas y sus imperativos (ver Figura 1), separado del todo de sus relaciones constitutivas con las plantas que florecen, otros polinizadores, los micro rizomas del suelo, las bacterias que permiten fijar el nitrógeno, los pájaros y los mamíferos que dispersan las semillas. La socialización humana es simplemente una manifestación particular de las interrelaciones mutuas entre las especies y entre las especies y las comunidades de seres vivientes que contienen en sí mismas a seres que van desde la mitocondria de nuestra célula hasta los polinizadores que, en definitiva, hacen por ejemplo posible la agricultura. Si, parafraseando a Foucault, no hay un “(estar) afuera de la ecología” (1980: 141) la gran diferencia entre quienes *tienen* la economía y quienes *no la tienen* es nuestra capacidad simbólica para representarnos como si constituyésemos una esfera diferente de la existencia en que la socialización es reducida al deseo individual. En otras palabras, estamos separados solamente por nuestra habilidad de concebir dichas separaciones.

Figura 1. Enjambre



Figure 1. Bee swarm. Photograph by Kate Boverman.

Podríamos decir, desde una perspectiva Gaia, que los humanos son una manifestación de los procesos de auto organización de la vida planetaria experimentando con formas particulares de la auto-conciencia. Ciertamente, esto hace que los miembros de nuestra especie sean distintivos y generen ecologías que previamente eran imposibles (de imaginar). Pero si nos pensamos y construimos a nosotros mismos en una separación auto-consciente de las formas de relación (interrelación diríamos) ecológica y de la socialización de la vida habremos hecho que nuestros procesos de generación de vida se conviertan en enemigos de la resiliencia ecológica. Nuestro reconocimiento de esta historia y nuestro compromiso para volver a sumarnos a una comunidad de vida a través tanto de nuestros conceptos como de nuestras acciones es un paso crucial hacia una relación éticamente más robusta con el mundo.

Estrategia 2. Re definiendo la economía

Intentemos pensar la “economía” no como un sistema unificado sino como procesos diversos e inter-relacionados a través de los que nosotros, humanos y más que humanos, constituimos *formas de vida*. “La economía” (oikos, hábitat y nomos, negociación del orden) se podría convertir, entonces, en un marco conceptual o una entrada teórica a través de la cual explorar las distintas especificidades de creación de formas de vida por parte de una población (miembros de la misma especie) o una comunidad (un ensamblaje de múltiples especies). Los analistas económicos podrían, entonces, seguir el rastro de prácticas de supervivencia y organización de las comunidades que incluyesen procesos de co-existencia e inter dependencia con otras poblaciones y comunidades. Ahora, si imaginamos la co existencia de distintas y diversas economías humanas, diversas economías de salmones, de abejas, de bacterias y así sucesivamente, junto con la comunidad espacio temporal que crean juntos, entonces “la ecología” (oikos, hábitat, logos, narrativa sobre) se volvería un marcoconceptual desde el cual mirar el todo articulado de economías diversas e interactuantes. El punto de entrada ecológico nos fuerza a dar un paso atrás en la concepción de “economía” y nos permite preguntarnos cómo se dan las relaciones de creación de formas de vida y cómo interactúan, entran en conflicto o se co constituyen entre sí las formas colectivas de vida, de forma tal que generan propiedades emergentes.

Claramente un enfoque como este nos desafiaría a re-pensar nuestro lugar en el mundo y nos pondría de cara a volver a imaginar las identidades y categorías sociales a través de las que hemos crecido y nos hemos acostumbrado a percibir nuestras interrelaciones. ¿Qué otras diferencias podría hacer esta redefinición? Por un lado, podría permitirnos desarrollar conceptualizaciones sobre las formas de vida y los procesos que se comparten entre las especies de forma más contundente y de modos tales que podríamos aprender bastante más. La aplicación de Jacob (2000) de conceptos ecológicos a las economías regionales, las prácticas de bio-mímica (Benyus 2002) experimentales, y la aplicación de sabiduría ecológica a través del diseño de la permacultura (Mollison 1990; Holmgreen 2002) son todos ejemplos de lugares en que las formas de vida y de trabajar de las abejas, los pastos y las bacterias se vuelven espacios para el aprendizaje entre-especies.

Ver figura 2. Tiempo de alimentarse. Fotografía de Kate Boverman.



Figure 2. Feeding time. Photograph by Kate Boverman

Esta redefinición también podría ofrecernos algún camino para desarrollar un entendimiento más fuerte acerca de las interconexiones complejas entre formas de vivir humanas y el mundo más-que-humano del cual provienen y al cual transforman. Nos podría por ejemplo conducir a diferentes análisis de las implicaciones éticas y materiales de la interdependencia entre las economías de las abejas y las economías agrícolas humanas (desde el vasto mundo de los agro-negocios que promueve la monocultura y la dependencia de la reproducción de polinizadores no nativos (Mathews 2011 a) a la granja integrada comunitaria que cultiva formas resilientes de policulturas humanas, de plantas y de abejas. Cuando comenzamos a reconocer que no estamos solos en nuestra forma de vida y que nuestras economías humanas están inextricablemente unidas a las economías más-que-humanas ¿podrían nuestros modos de entender y experimentar las crisis económicas, el desarrollo y el bienestar comenzar a cambiar radicalmente?

Estrategia 3. Coordinadas de decisión ética para economías comunitarias más-que-humanas

Hemos redefinido la economía como una ecología desde el punto de vista de que se constituya en una comunidad que produzca en conjunto formas de vida a través de la interacción de diversas economías comunitarias. Entonces llegamos a la pregunta

ética que subyace en el corazón de nuestras relaciones económicas y ecológicas: “¿Cómo hacemos para vivir conjuntamente, humanos y no humanos?” Aquí podemos identificar lugares clave de negociación ética que en otro escrito hemos llamado las coordenadas de decisión ética de las economías comunitarias (Gibson Graham 2006 capítulo 4; Gibson Graham y Roelvink 2010). Construyendo sobre estas definiciones, y agregando a ellas, sugerimos que la ética económica del Antropoceno nos está llamando a tener práctica en negociar.

PARTICIPACIÓN. ¿Quién es el “nosotros” que participa de la constitución de las formas de vida y de las economías comunitarias? Esto implica cultivar formas de saber y de ser que nos abren a las complejidades de nuestra interdependencia, a las interacciones animadas y a las formas de responsabilidad que este tipo de perspectiva necesita.

NECESIDAD O SUFICIENCIA. ¿Qué precisamos para vivir bien y qué constituye lo suficiente? Esto incluye preguntarse acerca de lo que es necesario para vivir dignamente para todas las cosas vivas, de todas las comunidades con que interactuamos y somos interdependientes y preguntarnos también acerca de qué modos podemos consumir de forma tal que el consumo de una de las especies no ponga en riesgo de vida a las demás comunidades y formas de vida.

EXCEDENTE. ¿Cómo hacemos para producir, apropiarnos, distribuir y movilizar el excedente? Nuestro nuevo modo de contabilizar debe incluir excedente que no es generado solamente por el trabajo humano pero por el trabajo, también, de plantas, animales, bacterias, hongos y sistemas de energía dinámica.

BIENES COMUNES. ¿Cómo hacemos para hacer y compartir lo común, el común espacio y la materialidad común de nuestras economías comunitarias teniendo en cuenta a este “nosotros” más-que-humano? ¿Podemos, por ejemplo, comenzar a ver a las abejas, pollos, frutales por ejemplo, de una granja cooperativa no como parte de lo que es común de esa granja (recursos compartidos) sino como seres vivientes que participan de la co-construcción de la comunidad que, en conjunto, hace y comparte la granja?

Imaginemos una economía en que este tipo de preguntas fuesen las que guiaran el desarrollo teórico, el debate público y la acción práctica, una economía en que las dinámicas de las formas de vida fuesen entendidas no en términos de un estrecho marco de actividad monetizada que maximice las ganancias (humanas) sino como una dinámica de indagación que pudiera apreciar las diversas formas de interdependencia, las complejas relaciones de hacer comunidad, y las negociaciones éticas desde racionalidades múltiples y múltiples formas de vivir. Si la comunidad es lo que emerge cuando los seres vivientes hacen y comparten sus mundos en conjunto, entonces las economías comunitarias son los lugares donde imaginamos y donde luchamos para que estén en equilibrio nuestras necesidades y las necesidades de los otros, para que podamos apreciar y también ofrecer recompensa a los dones que nos permite el excedente que recibimos de la tierra y para acoger a otros en esa tierra, y para comenzar a construir juntos una práctica ética de la economía para vivir en y más allá del Antropoceno, como miembros atentos, cada vez más atentos de esa comunidad de vida.

Referencias bibliográficas

- Callon, Michel. 2007. "What Does It Mean to Say that Economics Is Performative?" In *Do Economists Make Markets: On the Performativity of Economics*, Donald MacKenzie, Fabian Muniesa, and Lucia Sui (eds), 311–357. Princeton: Princeton University Press.
- Foucault, Michel. 1980. *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972–1977*, Colin Gordon (ed). New York: Pantheon.
- Gibson-Graham, J.K. 2006. *A Postcapitalist Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Gibson-Graham, J.K. and Gerda Roelvink. 2010. "An Economic Ethics for the Anthropocene." *Antipode* 41(1): 320–346.
- Harding, Stephan. 2006. *Animate Earth: Science, Intuition and Gaia*. Foxhole, UK: Green Books Ltd. Hird 2009;
- Hird, Myra. 2010. "Coevolution, Symbiosis and Sociology." *Ecological Economics* 69(4): 737–742.
- Lovelock, James. 2000. *Gaia: The Practical Science of Planetary Medicine*. Oxford: Oxford University Press.
- Nancy, Jean-Luc. 2000. *Being Singular Plural*, Robert Richardson and Anne O'Byrne (trans). Stanford: Stanford University Press.
- Margulis, Lynn and Dorion Sagan. 1995. *What Is Life?* Berkeley: University of California Press.
- Mathews, Freya. 2011a. "Planet Beehive." *Australian Humanities Review* 50: 159–178.
- Mitchell, Timothy. 1998. "Fixing the Economy." *Cultural Studies* 2(1): 82–101.
- Mitchell, Timothy. 2008. "Rethinking Economy." *Geoforum* 39(3): 1116–1121.
- Perelman, Michael. 2000. *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation*. Durham: Duke University Press.
- Volk, Tyler. 2003. *Gaia's Body: Toward a Physiology of Earth*. Cambridge: M.I.T. Press.